

Completando el puzzle

- CAPÍTULO 18 -



Celia subió la última de sus cajas al desierto piso y se sentó sobre ella suspirando.

—¿Pero cómo es posible que tuvieras tantas cosas en un sitio tan pequeño?—se escuchó la voz de John Smith proveniente del suelo, entre la maraña de cajas.

—Tú tienes menos cosas porque en el avión hay límite de peso—le contestó Celia riéndose.

—Juntando todas las cosas de toda mi familia no llegamos ni a la mitad de lo que hemos tenido que subir hoy—la contradijo.

Celia miró hacia todos los lados.

—Y aun así no tenemos ni un sólo mueble, hasta la tele está en el suelo—dijo señalando con la cabeza la pantalla plana que descansaba sobre una de las cajas.

—Pues algo tendremos que hacer—contestó John.

Un par de horas después, ambos estaban sentados en un vagón del metro, camino de Ikea. Ellos no se habían dado cuenta de la inconveniencia de visitar esa tienda en particular un fin de semana, pero cuando traspasaron sus puertas y fueron tragados por una horda ingente de parejas en plena fase de preapareamiento, se arrepintieron de no haber hecho su pedido online. En Ikea podías ver todas las etapas del desarrollo de una pareja. En la entrada y los primeros pasillos de la parte de la exposición, veías parejas enamoradas, con un proyecto común, ilusionadas ante la perspectiva de amueblar juntos su guarida. Conforme ibas avanzando por los pasillos, las caras comenzaban a ser más largas, escuchabas retazos de discusiones sobre el color de la madera de tal o

cual mueble o sobre el presupuesto que habían acordado previamente y que uno u otro quería saltarse. Pero lo peor, la hecatombe entre las parejas podía verse en la parte del almacén, mientras cargaban los muebles elegidos en los carros. La leyenda dice que, si te paras durante unos minutos, puedes escuchar el momento exacto en el que una pareja se rompe. Porque sí, el desamor tiene sonido. El caso es que ya no podían echarse atrás y allí estaban, ojeando todos los muebles sin un plan establecido ni un presupuesto cerrado. Sólo habían llegado a un acuerdo, gastarse lo menos posible, y como ambos estaban de acuerdo, no pensaban tener demasiados problemas.

Una hora y media después, tras perderse tres veces por los pasillos, ambos estaban desquiciados. John se tumbó en una de las camas de la sección de niños, parecía un gigante metido en una casa de muñecas.

—Levanta gandul, que ya llegamos al almacén—le dijo Celia dándole una patadita en el pie.

—¿Qué es gandul?—preguntó él sin hacer amago de moverse.

Celia se lo pensó durante unos segundos.

—¿Holgazán? ¿Perezoso? ¡Vago! Eso sí lo entiendes, ¿no? Vago.

—Yo no soy vago—replicó él desde la cama—. Es que esto es un infierno.

Ella se sentó a su lado en la cama y palmeó su rodilla.

—Venga, John, que ya no queda nada. Cogemos los muebles, les pedimos que nos los envíen a casa y nos vamos a cenar una succulenta pizza congelada.

John rio y se incorporó.

—Me encanta el plan, pero prefiero sushi—contestó él.

—Dios, eres mi hombre ideal—dijo ella entre risas.

Los dependientes los miraban cuando pasaban por su lado con cara de incredulidad. No debían estar acostumbrados a ver a dos personas riéndose juntas al final de la exposición, a punto de entrar en el almacén. Al final consiguieron salir ilesos de la experiencia, pidieron que les enviaran los muebles a casa al día siguiente pero sin montar, que el montaje salía por un pico, y, agotados, volvieron a montarse en el metro.

Tres horas después, con el pelo todavía mojado después de la ducha (que se habían dado por separado), se sentaban en el suelo entre todas sus cajas frente a unos tappers de plástico del restaurante japonés del barrio.

—Me encanta el sashimi de salmón—farfulló John después de meterse una pieza de pescado crudo extremadamente grande.

—Ya se nota ya—contestó Celia limpiándose disimuladamente la saliva que le había lanzado John a modo de proyectil.

—Oye, Celia, tú... ¿cómo lo dejaste con Pablo? Quiero decir, me dijiste que lo habíais dejado, pero... no sé si...

—Sí, bueno, me dejó él—contestó un poco azorada—. Que si la distancia, que si no sentía lo mismo... las excusas típicas. Yo siempre he pensado que se había liado con otra.

El silencio que siguió a esta declaración fue atronador.

—John, ¿tú sabes algo que me quieras contar?—preguntó dejando los palillos sobre su servilleta.

John se mordió el labio sin levantar la vista del suelo sobre el que estaban sentados. Celia suspiró y, colocando una mano sobre el gemelo de él, habló.

—Mira, John. No te voy a decir que no me jode un poco que me lo hayas ocultado, pero a estas alturas de la película, no me voy a llevar un disgusto ni me voy a enfadar contigo porque me digas que mi exnovio me engañó con otra. Tampoco te iba a pedir que me llamasen para contármelo. Hombre, hubiera estado bien que lo comentaras cuando te dije que lo habíamos dejado, pero...

—¡Te prometo que yo no sabía que lo habíais dejado!

—Pero sí sabías que me había puesto los cuernos.

John suspiró y levantó la vista para mirar directamente a los ojos marrones de Celia.

—Me enteré cuando ya llevaban unas semanas liados, les pillé dándose el lote en la puerta del trabajo. Era una compañera de la oficina y desde que vi eso no me sentía nada cómodo viéndolos a diario. Cuando él se cambió de trabajo pensé que también se acabarían las tonterías, pero lo cierto es que le vi

esperándola en el bar de enfrente muchas veces. Y ninguna de ellas me saludó, por cierto.

—¿Ni te hablaba?—se extrañó Celia. Lo cierto es que Pablo no era la persona más agradable del mundo, pero eso era demasiado incluso para él.

—Nada. Creo que sólo se relacionaba con sus nuevos compañeros de trabajo, que eran todos más importantes.

—¿Importantes?

—Con más dinero.

Celia calló. Estaban pintando a un Pablo que a ella le resultaba ajeno. ¿Había sido así todo el tiempo y ella estaba ciega? Yo le hubiese dicho que sí, pero a mí nadie me preguntó.

—Lo siento un montón. Luego llegué aquí y cuando me dijisteis que lo habíais dejado, pensé «muerto el perro, se acabó la sarna».

—La rabia.

—¿Qué rabia?

—Que es la rabia. Muerto el perro, se acabó la rabia. No la sarna.

—Ah, vale, pues la rabia. ¿Pero rabia no es estar enfadado?

—Sí, pero también es una enfermedad—se tapó la cara con las manos—. ¡No me líes, John!

—Perdón, perdón. Nada, pues eso, que pensé que, si ya lo habíais dejado, para qué iba a contártelo si ya no iba a solucionar nada. Te juro que venía aquí con intención de confesarlo, pero al decirme que lo habíais dejado... pues eso, que me sirvió como excusa de puta madre.

—Pues sí, es una excusa fantástica—dijo Celia bruscamente mientras se levantaba para llenar su vaso de agua en el grifo.

Se apoyó en la encimera mientras bebía mirando cómo John volvía a agachar la cabeza con las orejas rojas. Había sido un poco desagradable con él. A nadie le gusta enterarse de que su exnovio le estuvo poniendo los cuernos, pero tampoco podía exigirle a él que se lo contase. Al fin y al cabo, casi se acababan de

conocer. «Pero tú siempre has sido muy amable con él, incluso sin conocerle», dijo una vocecita impertinente dentro de su cabeza. Cuando vació el vaso y lo dejó en el fregadero, suspiró hondamente y se sentó al lado de John. Puso una mano en su espalda y, dándole friegas, buscó su mirada.

—Siento haber sido tan desagradable, John, tú no tienes la culpa de nada—dijo sonriéndole.

—Lo siento yo, tendría que habértelo dicho—le contestó.

—Bueno, pues lo sentimos los dos. ¿Nos comemos el sashimi de la paz?— le dijo cogiendo un trozo de pescado con sus palillos.

Él hizo lo mismo y, con el brindis más surrealista del mundo, volvieron a sonreírse destensando el ambiente.

Cuando ya no pudieron alargar más la velada tuvieron que enfrentarse al hecho de que, como los muebles que acababan de comprar no llegarían hasta el día siguiente, sólo tenían el colchón que Celia se había llevado de su otro piso. Ni un triste sofá. Nada. John se ofreció a dormir en el suelo, pero a ella no le pareció bien. Así que se pusieron un pijama y se acomodaron en el colchón sobre el suelo tapándose con el nórdico de Celia sin funda, porque no sabían en cuál de las 200 cajas estaba la ropa de cama ni les apetecía ponerse a buscarla. Y con la respiración sosegada de John en su nuca, Celia consiguió conciliar el sueño una hora más tarde. Ya nadie se acordaba de Pablo. Ni falta que hacía.

Sígueme en redes sociales (a veces no publicaré mucho, pero contestar, contesto siempre):

Facebook: <https://www.facebook.com/saraflamencoescritora/>

Twitter: @SMFlamenco

Instagram: @saraflamenco

Web: <http://saraflamenco.com/>